

LA VOCACIÓN J.R.J.

En maestros y discípulos

¡Siempre he creído (y lo he escrito en otra ocasión) que quien llega a un nivel determinado en una disciplina cualquiera (Arte, Religión, Ciencia, etc.) llega fatalmente a igual altura en cualquiera otra disciplina, aun cuando no la profese ni la practique; es decir, que un poeta exigente, por ejemplo, cuando oiga hablar de química, exigirá en el que habla la misma exigencia que él tiene en poesía!

Esto ocurre porque la cultura particular supone un cultivo general.

Cultura y cultivo tienen que marchar siempre de acuerdo.

Y el acuerdo es muy importante en la relación entre discípulo y maestro, ya que tanto se cultiva y se cultiva el maestro explicando, como el discípulo oyendo.

La unidad de avance entre maestro y discípulo es el secreto más pródigo de la enseñanza.

Si no existe esa unidad, poca ilusión puede haber en uno ni en otro; y si no hay ilusión en ellos, la enseñanza y el aprendizaje no existen.

La ilusión, la alegría, la ambición, el amor son necesarios para la enseñanza correspondida y sin esas fuentes no es posible que despierte una vocación, ni es posible continuarla si se ha encontrado.

Yo me atrevería a decir que es mucho más importante en una universidad despertar ambición o ilusión en un discípulo, que exigirle perfección en los estudios que esté practicando, y aun cuando por el momento no llegue a los conocimientos muertos a que puede llegar en frío.

Pensemos en un maestro que tiene que ir a enseñar a una ciudad poco importante, donde los elementos generales de cultura son escasos o vulgares. Si ha cultivado su inteligencia y su espíritu, podrá conseguir quizás formar un oasis en esa ciudad aislada.

Las universidades y las escuelas deben ser oasis de gozo, ya que la enseñanza no puede considerarse como un medio de vida, aunque de ella se viva, sino como un fin que va consumiendo la vida como alimento; porque la parte material necesaria para vivir física y moralmente sería también más suficiente si los administradores universitarios pudieran contagiarse también de la ambición de los administrados, de la alegría, el amor, la ilusión que emanara de lo íntimo de la universidad.

Y es inútil aumentar el heroísmo innecesariamente. Y aquí viene el defecto de la acumulación universitaria, del negocio universitario, por decirlo así. Es preciso, absolutamente preciso acabar de una vez para siempre con esa carga de libros grandes que empequeñecen y anulan a discípulos y maestros, no sólo por su inutilidad sino por su producto material.

He visto en una universidad americana, la de George Washington, que un maestro exigía a una muchacha de veinte años leer todo Dante en una semana para escribir en otra un ensayo

analítico de lo filosófico en su poesía. Es indudable que el maestro no había leído la obra dantesca ni pensado siquiera en esa filosofía poética que demandaba.

He propuesto varias veces, en universidades norteamericanas, la mesa redonda de maestros y alumnos; que el discípulo pudiera preguntar sin aviso previo al maestro, como el maestro pregunta en clase al discípulo.

¡Qué cosas se verían en esta universidad de Puerto Rico como en otras universidades!

Los libros universitarios debieran ser siempre síntesis y lo más claras posible; fundamentos suficientes y firmes para construir sobre ellos lo que la vocación exigiera; y con palabras sencillas.

¿Qué le importa a un muchacho leer deprisa y sin sentido la obra de Cervantes, por ejemplo, si no tiene tiempo luego ni ganas, por su cansancio inútil, de contemplar la naturaleza y su vida?

Lo importante en la enseñanza es la calidad que se destila por el maestro en el espíritu del estudiante y la calidad de la exigencia de éste: gotas de oro, chispas de diamante, y mucho espacio y mucho tiempo para colmar despacio la vocación.

El ocio lleno debe ser también cultivado en las universidades; descanso lento debajo del árbol de la existencia, donde dejar que se ajusten las clavijas de la conciencia sucesiva. Este pensar con tiempo traería el respeto considerado entre discípulo y maestro, respeto basado en la confianza y en los dos sentidos de ella: confianza como franqueamiento simpático de entrega segura y confianza en la verdad de la experiencia del maestro.

La enseñanza no puede ser burda, majadera, barata, pero sí debe ser alegre y viva.

Un maestro debe ser siempre como un aristócrata sencillo de intemperie, sin vanidad ni superstición de la cultura, ya que esta religión de la verdad y la belleza científicas o literarias son la expresión más grande que el Hombre puede conocer seguramente; porque la comprensión de la conciencia, como arquetipo máximo, es su única justificación.

Dios, es decir, el principio, no ha sido, aunque esto parezca una paradoja, en el principio, sino que será en el fin, y por la inteligencia y el espíritu del Hombre; y si fuera en el principio, no sería sin ser comprendido por el Hombre hasta el fin.

La Universidad de Puerto Rico merece este tributo a la vocación. Sus alumnos son extraordinarios de ilusión y capacidad intuitiva. Gracias a la vocación de su Rector, que reúne disposición, clarividencia y entusiasmo en una medida máxima, su Universidad prospera visiblemente. Sus Facultades tienen muchos profesores llenos de la cultura, la comprensión y la capacidad necesarias para llevar a cabo la gran obra de dicha vocación; y entre los puertorriqueños abundan los mejores.

Todos los que trabajamos en esta Universidad debiéramos ayudarnos unos a otros para darle esa unidad que es el corazón verdadero de las universidades y las hace centrales y entrañables (Salamanca, Oxford, La Sorbona) y para esta unidad, es absolutamente necesario que todos los profesores sean ejemplos cálidos de dignidad en su vida y en su obra.